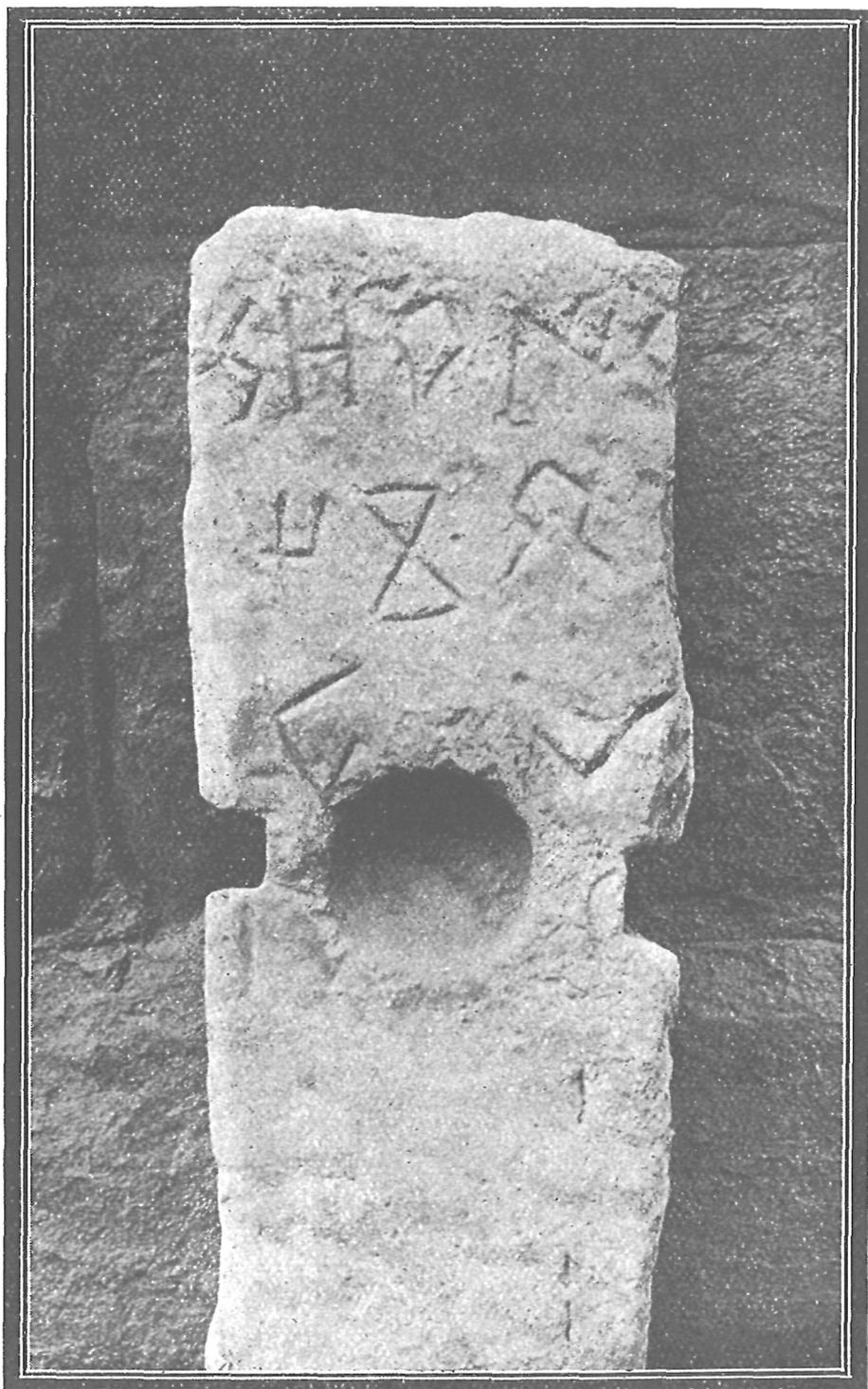


Una estela ibérica ausetana

CÚMPLEME informar a la Real Academia de la Historia sobre el reciente hallazgo de un monumento ibérico en la comarca de Vich (Barcelona), toda vez que las antiguas relaciones de amistad que me unen con el descubridor del mismo y las frecuentes comunicaciones epistolares con él habidas me han proporcionado la satisfacción de conocer pronto el hecho, facilitándome asimismo la fotografía del monumento en cuestión, que acompaña a la presente memoria.

Como se ve por ella, consta el monumento de una piedra toscamente labrada en forma de paralelepípedo algo irregular, en cuya superficie mayor y más lisa lleva una inscripción formada por doce caracteres ibéricos, que sólo ocupan la parte superior y media de dicha cara; al final de los cuales, y correspondiendo con el centro de la piedra, ábrese un hoyo semiesférico, flanqueado por dos profundas ranuras o muescas, hendidas en las caras laterales del paralelepípedo. El monolito es de piedra caliza compacta y de color gris, que mide 1,12 m. de alto por 38 cms. de anchura y 37 de grosor, y aunque está algo picado en uno de sus extremos, no pa-

rece que haya tenido mayores dimensiones en su primera labra. El hoyo excavado en su centro mide en su diá-



Es'ela ibérica del Museo Lapidario de Vich.

metro 18 cms., con un fondo de siete y medio, apareciendo muy liso en su interior y áspero en su borde, lo mismo que las ranuras.

El hallazgo del monumento que nos ocupa fué debido a una de esas que se dicen casualidades, y que tanto abundan en la historia de los descubrimientos arqueológicos. Andaba por las *masías* o casas de campo de la comarca de Vich el perito y diligente farmacéutico de esta ciudad don Joaquín Vilaplana y Pujolar, nada lego, por cierto, en asuntos artísticos y arqueológicos, cuando advirtió de paso una extraña piedra empotrada en la esquina de una de aquellas humildes y vetustas casas, y fijando más la atención en ella, observó con sorpresa que tenía delante de sí un monumento ibérico. Ocurría esto el día 21 de abril del presente año, y después de ajustar con el dueño de la casa llamada "La Roca", en el término municipal de "Masías de Voltregá", a unos diez kilómetros de Vich, el traslado de la piedra a esta ciudad, a los pocos días figuraba ya honrosamente el monumento en el *Museo Lapidario* establecido en el edificio que fué templo romano de la ibérica Ausa. Este importante hallazgo, añadido al de algunos sepulcros antiquísimos y de sencilla construcción de losas, descubiertos en aquellas inmediaciones, lo mismo que el de fragmentos de vasos prehistóricos del tipo de los de Ciempozuelos, que se hallaron en un cerro vecino, revelan inequívocamente la riqueza arqueológica escondida en aquel fértil e inexplorado suelo.

Aunque apenas conocido de los aficionados y de los técnicos en Arqueología el monumento en cuestión, se han suscitado ya no pocas dudas respecto de su mérito arqueológico y de su significación y primer destino, aventurándose numerosas hipótesis para todos los gustos; pero nadie duda ni sospecha de su autenticidad o legítima procedencia ibérica. La forma de hacha o de

martillo que ofrece la piedra en su conjunto, la singularidad del hoyo que ostenta en su cara epigráfica, las profundas muescas de sus costados y algunos otros detalles del monumento han servido de base, aunque insegura, para suponerlo como objeto o instrumento de culto religioso en su origen, o bien como altar o ara funeraria, dando a su inscripción carácter votivo. Pero tales suposiciones carecen de fundamento.

Desde luego se advierte que la excavación del hoyo central y las ranuras laterales debieron practicarse en época muy posterior a la hechura del monumento, ya que por ellas se destruyeron en parte algunos trazos de las letras ibéricas que van próximas; y además, la circunstancia de estar la inscripción ocupando tan sólo la mitad superior de la piedra, dice mucho en contra de la horizontalidad de ésta, para haber de ser altar o ara, y revela, en cambio, que se hizo el monumento para fijarlo por la parte opuesta en el suelo como estela funeraria. Todos los pormenores del hoyo y de las ranuras abonan claramente la suposición de que se excavaron para constituir la piedra en quicio de una puerta de aquellas casas de campo, cerca de las cuales debió encontrarse por algún labrador, y que después de servir por algunos años en este oficio, se la utilizó como una piedra cualquiera de construcción en la casa "La Roca", donde la encontró el afortunado farmacéutico vicense. Así se explica la finura del hoyo en su interior, debida al continuo roce del eje de la puerta, y así se comprende la aspereza del borde, al cual debió de estar adaptado un anillo de hierro, unido por unas grapas a la piedra mediante las ranuras laterales, para hacer así mayor y más seguro el quicio.

Descartada del monumento la idea de culto religioso, y viendo en él la inconveniencia de que sirviera como tapa de algún sepulcro, pues no se presta a ello el grosor de la piedra, que no le da trazas de losa, no queda sino suponerlo estela funeraria, como lo son, o por lo menos se suponen, todos los demás monolitos que llevan inscripciones ibéricas, la cual suposición está apoyada, además, en la forma del mismo y en la posición que ocupan las letras, como se ha dicho arriba.

La verdadera naturaleza del monumento y su primer destino se nos revelaría claramente por la inscripción, si lográramos descifrarla; pero aquí nos hallamos con el mayor nudo de la dificultad, que sólo por conjeturas y siempre muy a tientas, nos será dado buscarle alguna solución, la cual apenas si merecerá el calificativo de probable. Leídos los caracteres epigráficos del monumento que nos ocupa, según el alfabeto debido a don Antonio Delgado y admitido por los eximios epigrafistas padre Fidel Fita y Emilio Hübner, entre otros muchos, y repetidas veces adoptado en el BOLETÍN de esta Real Academia para la interpretación de inscripciones ibéricas, nuestro epígrafe debería leerse de este modo:

SERIS
ThQO
Ce N
I S

Pero admitiendo las modificaciones introducidas en el mismo alfabeto por el meritísimo académico don Manuel Gómez-Moreno, ya indicadas algunas de ellas por el numismático don Jacobo Zóbel, la lectura debería ser la siguiente:

SORrIS

TiCoBe

Ce N

I S

Y da la coincidencia de que algunas casas de campo, vecinas de la que guardaba el monumento que nos ocupa, son conocidas con los nombres respectivos de *Seri*, *Serina* y *Serinanell*, y un río que por allí pasa llámase *Sorreits*, nombres todos que parecen identificarse con el primero de nuestro epígrafe. Y no son raros entre los onomásticos ibéricos que figuran en inscripciones latinas los nombres de *Sosimilus*, *Austinco*, *Titicus* y otros, que ofrecen algún parentesco o analogía con los de nuestra inscripción ausetana, prescindiendo de otros gentilicios y tópicos hallados en monedas indígenas, tales como *Segia*, *Segisa*, *Segida*, *Tibisa*, *Titiacos*, etc.

De todo lo cual puede inferirse que el monumento en cuestión es una estela funeraria, probablemente del segundo o tercer siglo antes de Jesucristo, y que su epígrafe expresa el nombre de algún personaje ibérico allí sepultado y el de la población o tribu a que pertenecía, sin que por ahora nos sea dado aventurar más precisas conclusiones con probable fundamento.

FRANCISCO NAVAL Y AYERBE,
Correspondiente.

Madrid y junio de 1929.